



trajes eran de seda. La Asiria es, entre los escritores menos instruidos, como la Media, un nombre genérico que comprende el interior de Asiria, de donde se reciben las materias de seda. No sabíamos que fuera necesario exportarla de un país tan apartado como la Sérica, en los confines de la China, y hasta de este mismo lugar.

A las pruebas ya aducidas, podemos alegar, por último, el testimonio expreso de un escritor que nos merece entera fe. «De esta materia es, dice Procopio (1) hablando de la introducción de la seda en Europa, de la que se hacían los vestidos llamados antes medas entre los griegos, y que hoy se llaman de seda.» Todas estas pruebas, tomadas en conjunto, nos parece que tienen un alto grado de evidencia.

La lana más fina, especialmente la elaborada en Babilonia y en las ciudades de la Fenicia, pertenecía á varias comarcas de Asia. La oveja de la Arabia, y aun sus dos variedades en toda su extensión, son conocidas y descritas por Herodoto (2). También en las montañas de la India septentrional, en el país de Bélur, cerca de Cachemira, había numerosos rebaños de ovejas, que constituían, como en nuestros tiempos, la riqueza de los pueblos que allí habitaban (3). Por último, ¿cuán rica no era en ovejas el Asia Menor, y especialmente la comarca de Mileto? La lana milesiana era considerada por los griegos como la más fina, probablemente porque se daba este nombre á la lana que pasaba del interior de Asia y Arabia por Mileto.

El comercio de pieles, tan famoso en los tiempos modernos, no solamente ofrecía entre los antiguos señales inequívocas de un dilatado comercio, sino que aun hoy manifiesta su grande extensión con indefinido número de pruebas. No tuvo entonces, como hoy tiene, tan grande importancia. No váyamos á buscar la causa en la ignorancia de los países originarios de las pieles, sino más bien en el dulce clima de los países habitados por los pueblos más civilizados de la antigüedad, que no per-

(1) Procop., *Persic.*, II, cap. 18.

(2) Herod., cap. 13, 22.

(3) Ctes., cap. 13, 22.

mitia extenderse este ramo de comercio. Las ciudades griegas del N. del mar Negro, están exceptuadas. Los griegos buscaban estas pieles, como las de castor y de nutria, en el corazón de la Rusia (1), y probablemente sobre las riberas del Báltico.

Vendían grandes cantidades en la Tracia, cuyos pueblos tenían especial gusto en vestirse de capas forradas de pieles. Algunas amazonas parece que también llevaban estos trajes, según se ve por las esculturas que representan sus célebres combates, y lo más notable es que no están enteramente cubiertas, sino que las dejan caer á la manera que nuestros dormanes. Por regla general, el uso de las pieles no se emplea solamente para satisfacer nuestras necesidades, sino que es objeto de lujo, aun en los países más cálidos, como sucede hoy entre los turcos. Herodoto cita, entre los pueblos que llevaban estas túnicas forradas de pieles, á algunos de los que formaron parte de la expedición de Jerjes; varias naciones al E. y al NE. del mar Caspio, los del lago Aral, como los caspianos, los utienos, etc., los habitantes de países montañosos y salvajes sobre la frontera SE. de la gran Bucaria, los Pactyanos del país de Bélur, y otros (2).

La tercera clase principal de las mercancías asiáticas, es la de especias y perfumes. Son géneros extranjeros en Europa, y ya en tiempo de los persas era grande su consumo. Ningún sacrificio podía hacerse sin incienso, en conformidad con las ideas de los antiguos, así entre los griegos, como entre los pueblos que estaban poco civilizados. La evaluación más general de la cantidad de incienso que se quemaba diariamente en los altares de las ciudades y pueblos, hace comprender fácilmente que este ramo de comercio debe haber sido de los más extensos y de los más importantes de toda la antigüedad.

La Arabia, sobre todo en su parte meridional, es el centro de producción del incienso y de los perfumes más buscados; pero es necesario añadir las provincias de Africa, situadas frente á la entrada del Golfo Arábigo. Al padre

(1) Herod., IV, 109.

(2) Herod., VIII, 6, 7, 8, 9.



de la historia, Herodoto, es á quien debemos las más exactas nociones de las diferentes especies de estos productos, como igualmente de las vías por donde se extendían estas mercancías desde Oriente á Occidente. Los lugares destinados á depósitos generales, eran las grandes ciudades de la Fenicia, pero una cantidad aún mayor pasaba el Golfo Pérsico para ir á Babilonia y al interior de Asia. Los ritos sagrados y los sacrificios establecidos entre los sectarios de Zoroastro y los persas, favorecieron extremadamente este comercio. Cítanse como ejemplos de un lujo casi increíble en perfumes, las grandes solemnidades, los entierros y las fiestas.

Entre las especias más conocidas y más usadas entre los antiguos, la canela ó cinamomo, ocupa el primer lugar. Actualmente pertenece á la India; pero es muy dudoso que este sitio fuera su único centro de producción en la antigüedad. Escritores muy dignos de fe la hacen extensiva á la Arabia; pero, según otros, y entre ellos Herodoto, es más verosímil que pasase solamente por la Arabia, según se desprende de las relaciones entre este país y la India, de que nos ocuparemos más adelante.

El objeto de estas observaciones no es otro que el de dar una relación de los principales objetos del comercio de Asia en los tiempos antiguos, y trazarnos por ende el camino de partida para las investigaciones más principales, contenidas en los puntos siguientes.

El estrecho círculo de ideas que uno se forma ordinariamente sobre estos objetos, hace que el historiador se vea en cierta manera obligado á extenderse poco á poco en sus estudios, á fin de que las verdades, objeto de escrupulosas investigaciones, no tengan la apariencia de hipótesis alucinadoras.

La grande influencia de la verdad, y las respectivas noticias de las lenguas sobre las relaciones y el comercio mútuo de los pueblos, exige un corto estudio de la filología durante el reinado de los persas. Esta diversidad de lenguas influyó mucho más en las relaciones de los pueblos antiguos, que en las de los modernos. No estaban entonces las lenguas generalmente extendidas, para hacerse entender

en todos los puntos de la tierra. Los pueblos se hallaban más aislados, y el extranjero era mirado con frecuencia como enemigo. También los documentos conservados por los griegos sobre este asunto, son más superficiales que lo que fuera de desear; por lo cual no debe admirarnos su altanera prevención contra las lenguas bárbaras. La naturaleza física del Asia ha influido notablemente en el carácter y diversidad de las lenguas asiáticas. Había países en que en una pequeña extensión se hablaba una porción de lenguas diversas, y otros en que á pesar del inmenso terreno que poseían, no había más que un corto número de dialectos. Casi todos los pueblos montañosos, habitados ordinariamente por reducidas poblaciones, como igualmente las costas que más expuestas estaban á invasiones de tribus extranjeras, formaban la primera categoría. Por el contrario, las lenguas principales y más extendidas de este continente, se las hallará en su interior y en las grandes llanuras. Los grandes ríos y las cordilleras de montañas, límites naturales de los pueblos, forman el dominio más ó menos extenso de las lenguas. Desde el Mediterráneo hasta el Halys, hoy Kizil-Brmah, sólo se hablaba una sola lengua principal; otra desde el Halys al Tigris; y otra, por último, desde el Tigris hasta el Indo y el Oxus (1). Los frigios eran considerados como el pueblo más antiguo del Asia Menor; también su idioma, que se hablaba hasta el río Halys, pasaba aún en los tiempos más remotos por una de las lenguas más antiguas. Los documentos más autorizados, nos presentan esta lengua como hija de la Armenia; y esta analogía la conservaba en tiempo de los persas. Parece que en conformidad con la marcha iniciada por los pueblos en su progreso, los armenios bajaron pronto de sus montañas para esconderse en las llanuras del Asia Menor (2). Pero las costas esta-

(1) Las pruebas de los hechos indicados, se hallan reunidas y explicadas en el tratado «*De linguarum asiaticarum in persarum imperio cognatione et varietate*», publicado en el duodécimo volumen, *De Commentationes der Gott Societal*; del que existe un extracto en las *Obras Históricas*, III, p. 327 y siguientes.

(2) Herod., VIII, 73



ban ocupadas por pueblos de distinto origen, que se habían instalado allí en épocas más modernas. Oíanse los dialectos griegos en las ricas ciudades comerciales que formaban escala a lo largo de la costa occidental, como se oye el inglés en las ciudades de la América Septentrional. Pero la lengua del país era la cariana y sus diversos dialectos; porque los Liedios, los de Mysia, y los habitantes de la Cária propiamente dicha, hablaban los dialectos de una misma lengua madre. La costa septentrional de la península estaba ocupada en su mayor parte por tribus venidas de la Tracia, y que conservando su lenguaje, se habían fijado en la Bitinia. Se extendían hasta el río Parteoio, hoy Bártin, que los separaba de los de Paflagonia, cuyo lenguaje formaba idioma aparte, ó tal vez un dialecto de la Frigia. Los países montañosos del Sur de la península, en la Pisidia, la Pamfilia y la Cilicia, ofrecían, á lo que parece, una grande variedad de idiomas, cuyas ramificaciones no nos son conocidas, ó al ménos no lo son de una manera perfecta.

Esta diversidad de lenguas cesaba luego que se pasaba el Halys y se penetraba en la Capadocia, bajo cuya denominación se comprendía también entonces el territorio del Ponto. Allende de este río, se hablaba una de las principales lenguas del Asia, del E. al Tigris y del N. al S., desde la cordillera del Cáucaso hasta la costa meridional de la Arabia, y conocida ordinariamente con el nombre de dialectos semíticos. Sus diferentes ramos eran el capadocio al O. del Halys; el siríaco, entre el Mediterráneo y el Eufrates; el asirio, más allá del Tigris en la Adiabena ó el Kurdistan; el caldeo, que se hablaba en Babilonia; el hebreo y samaritano, en la Palestina; el fenicio en las ciudades marítimas de la Fenicia y en sus numerosas colonias; y por último, el árabe, no solamente en toda la península, sino también en las llanuras de la Mesopotamia, frecuentadas en todo tiempo por hordas árabes. Varios de estos dialectos existen todavía. Otros no se conocen más que por algunos fragmentos escritos, que aún se conservan. Parece indudable que en los tiempos desconocidos para la Historia, ha existido una misma nación, que supo

adaptar su género de vida y costumbres á las distintas localidades. En Arabia tuvo una vida nómada; en Siria conoció la agricultura y la conveniencia de residencias fijas; en Babilonia edificó la ciudad más grandiosa y magnífica de la antigüedad; sobre las costas de la Fenicia construyó los primeros puertos y equipó barcos que le aseguraron el comercio universal.

El Tigris era la frontera del idioma semítico, á no ser uno de sus dialectos, que parece se conservó en Asiria propiamente dicha. Sobre las riberas opuestas de este río, comenzaban las lenguas persas, que por sus palabras, sus rodeos y construcciones, difieren de tal manera de las semíticas, que es sumamente fácil conocer la existencia de un nuevo tronco. Los griegos, á pesar de sus numerosas relaciones con los persas, no nos han dejado apenas nada útil que pueda servirnos para el estudio científico de estas lenguas. Estaba reservado á los tiempos modernos darnos las luces necesarias con que poder evidenciar este hecho oscuro, por el descubrimiento del Zendavesta y por las brillantes investigaciones de Anquetil (1). Les debemos, no solamente el conocimiento de varios dialectos del antiguo persa, sino también escritos y vocabularios de tres de estos dialectos; el zenda, que se hablaba en la antigua Media y empleado en los escritos originales de Zoroastro; el pelvi, que se hablaba en los países meridionales contiguos á la Asiria y á la Babilonia; y por último, el parsi ó antiguo persa propiamente dicho, que extendiéndose bajo la dominación de los persas, parece haber absorbido los demás dialectos.

La comparación de los fragmentos de estas antiguas lenguas, nos presenta en verdad muchas nubes, pero nos ofrece no obstante una tan grande identidad de expresiones y construcciones, que será necesario reconocer tanto á estas lenguas, como á los pueblos que las hablaban, como ramas de un mismo árbol. Ya Heródo-

(1) Hasta que una feliz casualidad nos proporcione diccionarios más completos del Zenda, del Pelvi y del Parsi, tendremos que limitarnos á consultar especialmente los tratados de Kleuker, en el *Apéndice al Zendavesta*.



to observa una gran diversidad de lenguas entre los pueblos nómadas del Asia central. Los mercaderes griegos, yendo de las ciudades comerciales del mar Negro por el Kaptchak actual, al país del mar Caspio y á la Gran Bucaria, llevaban con ellos siete diferentes intérpretes para explicarse con otros tantos pueblos que hablaban una lengua diferente (1). Pero cuando se conocen las grandes poblaciones, como los scytas y los sármatas que habitaban estos vastos países de las llanuras, y que con pocas variantes hablaban ciertamente la misma lengua, no se puede ya dudar de la existencia de lenguas principales habladas en estas inmensas comarcas, sobre todo si se recuerda que las diferentes hordas de una tribu habían tenido el mismo origen y estaban ligadas por lazos de familia.

Gran variedad en el lenguaje parece haber existido en los países montañosos del Cáucaso, como sucede todavía hoy. Una porción de poblaciones, más ó ménos grandes, atraídas á aquellos lugares por las guerras, y más aún por el comercio activo que allí se hacía, llevaban cada una su idioma (2). Sólo en la ciudad griega Dioscurias, sobre las riberas orientales del mar Negro, se hablaban, según Strabon, fuera de los grandes mercados que tenía en su centro, más de setenta dialectos (3). La historia que Jenofonte nos ha dejado de su famosa retirada, nos trae los mismos hechos. En Armenia pudo también hacerse entender por los intérpretes persas; pero á medida que avanzó hácia el Occidente y al mar Negro, halló tantos nuevos dialectos, como pequeñas poblaciones (4).

Los dialectos semíticos y persas, de los cuales estos últimos se extienden hasta el Indo, constituyen las principales lenguas de Asia. Estas antiguas lenguas del otro lado del Indo, están aún envueltas en una grande oscuridad para que su estudio pueda ofrecernos resultados ciertos.

(1) Herod., IV, 24.

(2) Herod., I, 203.

(3) Strab., pág. 767.

(4) Jenof., Anab., IV, op., pág. 340.

Es posible que en nuestros días obtengamos aclaraciones más extensas, si la relación íntima entre el zenda y el sanscrito, lenguas santas de la Persia y de la India, se llegase á confirmar; si el espíritu escudriñador de los ingleses consiguiese arrancar del olvido en que yacen los varios trozos de la antigua literatura india, y si un segundo Anquetil aclarase las sagradas escrituras de Brahma, con tanto éxito como lo ha hecho el primero para las de Pársis. Las lenguas asiáticas nos ofrecen un fenómeno que ya hemos indicado para las lenguas persas antiguas, y que no pasaremos en silencio. No solamente en la Persia, sino también en el Asia Oriental, especialmente en la India, de uno y otro lado del Ganges, encontramos juntamente con las lenguas vivas, otros idiomas que no existen más que en los escritos: el zenda y el pelvi en Persia son de este número, así como en la India interior el famoso sanscrito, y el bali en la India ulterior. No hablaremos aquí más que de este fenómeno en general y de su origen, y no de las relaciones más ó ménos íntimas de estas lenguas entre sí. Una lengua nace y se desarrolla por el frecuente ejercicio del pueblo donde se habla, por más que su perfeccionamiento científico no le adquiera más que por su escritura y literatura. Los cambios introducidos por los dialectos, son consecuencia inevitable de toda lengua suficientemente extendida; la confusión con otros pueblos, y por último y especialmente, la dominación extranjera. Estas y otras causas pueden hacer pasar á una lengua por tantas fases como sean necesarias, para que de ellas se formen nuevas lenguas, susceptibles á su vez de mayor progreso.

Para que una lengua primitiva no muera nunca, y siempre se mantenga al lado, de sus derivadas, la es indispensable ese apoyo, que consiste especialmente en la religión consagrada al culto. Así es como se consigue una lengua santa; así es como adquiere un carácter más elevado á los ojos de la muchedumbre. Esto tiene lugar en las religiones fundadas sobre los libros santos. Estos contienen los dogmas, las oraciones y las liturgias del culto. Hé aquí, pues, el medio más principal para conservar las lenguas en su floreciente estado de



vida. Supongamos un pueblo en que el sacerdocio forma una casta especial; no tendrá necesidad este pueblo de ocuparse en la lengua santa, que concluye por ser objeto de un estudio ilustrado. Lo mismo sucede con las lenguas de Asia. Aunque la generalidad de los sacerdotes no quieren tomarse la molestia de aprenderlas, limitándose solamente á recitar formularios de oraciones que ni siquiera ellos comprenden, no importa; las Santas Escrituras se conservarán de esa manera, y no faltará de entre ellos uno que, amante del estudio, se ocupe en interpretarlas.

Esto ha sucedido también en la Europa Occidental. Sabemos que todas las lenguas aquí usadas, por lo general son hijas de una gran madre, hoy muerta; es decir, del latín. Sus diversos dialectos dieron origen á tantas lenguas como se desarrollaron con la literatura de los pueblos. Mas el latín halló su seguro apoyo en el culto público y en nuestras Santas Escrituras. Sólo el clero la entendía. Poco faltó, dice un autor, para que pudiera honrarse con el dictado de lengua santa, como las de Oriente; dos circunstancias lo estorbaron en verdad: la regeneración de la literatura clásica en Italia en el siglo XIV, que hizo de ella un uso general, y también la lengua de las clases superiores y la disciplina que restringió el uso á las iglesias. La lengua latina tiene, no obstante, en el seno del catolicismo, cierto sello de misteriosa santidad, que la ennoblece y la conserva pura al través de los siglos.

No hemos querido más que indicar este fenómeno en Asia, reservándonos algunos pormenores para cuando hablemos de cada pueblo en particular.

Aunque el conocimiento del Asia entera no pertenece más que á nuestra época, los griegos, sin embargo, conocieron en tiempos de los persas una parte mayor de la que pudiéramos imaginarnos. Visitaron los países del imperio persa, del Mediterráneo al Indo y el desierto de la pequeña Bucaria en toda su extensión. El conocimiento del Asia central ó país de las llanuras tártaras y mongoles, y de las poblaciones y tribus errantes en aquellas regiones, especialmente en las cercanías del mar Caspio, data de tiempos de Herodoto. No es más que sobre los lugares extremos del Asia septentrional y oriental, en donde reina aún la oscuridad, por más que ya algunos rayos de luz van desvaneciendo aquellas densas tinieblas, y hacen esperar que pronto penetrará allí la luz del progreso y de la ciencia cristianos, merced á los heroicos misioneros católicos.

Las tribus errantes en las llanuras de Asia, luchando por ocupar los mismos pastos, ó apoderarse de los mismos rios, ó enemistándose por robos, por celos ó por amor á las más hermosas mujeres, venían frecuentemente á empeñar una lucha, que al fin originaba una conquista. El jefe de la tribu que resultaba vencedora aspiraba á extender su dominio, y así llegaba á reinar despóticamente sobre varios pueblos y comarcas.

El espíritu mismo de invasiones y conquistas general en Asia, impedía la definitiva constitución de los pueblos, permaneciendo siempre sus destinos á merced de los más decididos y valientes invasores. El triunfo daba cierto carácter de superioridad á los vencedores sobre los vencidos, de donde nació en algunos imperios la diversidad de castas.

CAPÍTULO III

Pueblo primitivo.—Primeros países habitados.—Primeras sociedades

Los orígenes de un pueblo primitivo, así como los de una lengua madre, aparecen hoy velados bajo la sombra de inexplicable enigma para la razón humana, entregada á sus propias fuerzas; mas la Historia, lo mismo que todas las ciencias, recibe de la esplendorosa luz de la revelación rayos luminosos que esclarecen el horizonte de la vida de la humanidad.

No se oponen, antes confirman una vez más, á las relaciones bíblicas, las modernas investigaciones de la crítica, de la filología y aun de la verdadera geología, no debiendo embarazar al presente el hilo de nuestra relación ninguna de las teorías prehistóricas, de que al final del tomo primero nos ocuparemos.

Tiene la historia humana á un origen común, como la vida del hombre á una familia, como el caudaloso rio á la fuente de donde nace; y ha sido siempre considerada como centro y origen de la vida, la hermosa y fecunda tierra del Asia, cuna del género humano, cuna de la descendencia de Adam y de las generaciones de Noé, pueblo primitivo en los fastos de la Historia.

Siguiendo en esta materia á un célebre expositor (1), veremos converger el movimiento humano hácia el suelo donde Dios colocó á la primera pareja humana, fuente y origen del pueblo primitivo, cuya historia llevamos ya narrada.

Quien deseara saber de dónde nace el Nilo, debería caminar contra su corriente, preguntando de país en país de qué punto vienen allí sus raudales; y de este modo, al través de sus infinitas tortuosidades, de bosques, arenas, de-

sapariciones y cataratas, se iría acercando á las fuentes. Este mismo método conviene adoptar respecto del curso de las naciones. Si preguntamos á los pueblos de Europa de qué punto provienen, nos responderán unánimemente que de Asia. Conocemos indudablemente el origen de muchos de ellos, y estudiando las antiguas emigraciones y los restos de los destruidos idiomas, no sólo vemos que los celtas, cimbrios, slavos, galos, germanos, lapones y fineses proceden de Asia, sino que señalamos el puesto que cada uno de ellos ocupó en las inmediaciones del mar Negro, en la Tartaria, á orillas del Ganges, ó donde quiera que se encuentran vestigios de su idioma. Si de los demás no podemos dar tan puntuales noticias, por lo ménos vemos que todos por sus tradiciones se remontan hácia el Oriente.

A tal punto de barbarie ha llegado el Africa, y tanto tiempo ha permanecido la América separada de su tronco, que apenas es dado columbrar semejanza entre estas dos ramas; sin embargo, ya hemos demostrado algunas, y lo poco que aún subsiste de sus tradiciones indica una procedencia exterior y de las regiones de Asia.

Quien vaya luego siguiendo los matices del color del cutis, se convencerá más y más de que los africanos proceden del Asia Meridional y los americanos de la Oriental.

En Asia, por el contrario, todo revela una suma vejez. Allí es donde aparecen los antiquísimos idiomas, que bajo formas inalterables y metódicas encubren la palabra bajo la sombra misteriosa del jeroglífico y del símbolo, y á los cuales se apiñan, como sobre un núcleo, todos los restantes del mundo. Si se pregunta de

(1) Cantú, t. I.